

JUDITHE LITTLE

LAS HERMANAS CHANEL

Traducción de Juanjo Estrella


ESPASA

EL ORFANATO

AUBAZINE
1897-1900

Uno

Años más tarde, mi recuerdo regresaría a aquel frío día de marzo de 1897, al convento de Aubazine, al orfanato.

Nosotras, las huerfanitas, permanecíamos sentadas en círculo, practicando las puntadas. El silencio de la sala no se veía interrumpido más que por los comentarios despreocupados que yo, de vez en cuando, dirigía a las niñas que tenía más cerca. Al notar que la mirada de la hermana Javiera se posaba sobre mí, me callé y clavé la vista en la labor, como si estuviera profundamente concentrada en ella. Temía que me regañara, como solía hacer: «Controle esa lengua, mademoiselle Chanel». Pero lo que hizo fue acercarse al lugar donde me encontraba, cerca de la estufa, avanzando como si flotara, como hacían todas las monjas. El olor a incienso y a viejo emanaba de los pliegues de su hábito negro de lana. Su cofia almidonada planeaba hacia el cielo, rígida, como si de un momento a otro la hermana fuera a emprender el vuelo. Yo rezaba por que así fuera, por que un rayo de luz se colara a través del tejado puntiagudo y la elevara hasta las nubes, inmersa en un haz radiante de salvación sagrada.

Pero esos milagros sólo ocurrían en aquellas pinturas de ángeles y santos. Ella se detuvo detrás de mí, oscura,

acechante como una nube de tormenta sobre las laderas boscosas del Macizo Central que se divisaba desde los ventanales. Carraspeó y, como si fuera el emperador del Sacro Imperio Romano en persona, dictó su lúgubre sentencia:

—Tú, Antoinette Chanel, hablas demasiado. Coses con descuido. Te pasas el día soñando despierta. Si no prestas más atención, me temo que acabarás igual que tu madre.

A mí se me formó un nudo en el estómago. Tuve que morderme la mejilla por dentro para no replicarle. Miré a mi hermana Gabrielle, que estaba sentada en el otro extremo de la sala con las niñas mayores, y puse los ojos en blanco.

—No hagas caso de las monjas, Ninette —me dijo ésta en cuanto nos dejaron salir al recreo.

Estábamos sentadas en un banco, rodeadas de árboles desnudos que parecían tan helados como nosotras. ¿Por qué perdían las hojas cuando más las necesitaban? A nuestro lado, la mayor de las tres, Julia-Berthe, se sacaba unas migas de pan de un bolsillo y se las echaba a una bandada de cuervos que graznaban y se peleaban por conseguir el mejor puesto.

Yo tenía las manos metidas en las mangas, en un intento por calentármelas.

—Yo no voy a ser como nuestra madre. No voy a ser nada de lo que las monjas dicen que voy a ser. Ni siquiera voy a ser lo que dicen que no puedo ser.

Las tres nos reímos con aquella ocurrencia mía. Una risa amarga. En tanto que custodias temporales de nuestra alma, las monjas pensaban constantemente en el día en que estaríamos listas para salir del convento para vivir en el mundo. ¿Qué sería de nosotras? ¿Cuál sería nuestro lugar?

Llevábamos dos años en el convento y ya estábamos acostumbradas a aquellas sentencias de las monjas, que llegaban en plena práctica del coro o mientras estudiábamos caligrafía o recitábamos la lista de los reyes de Francia.

«Tú, Ondine, escribes tan mal que jamás serás la esposa de un comerciante.»

«Tú, Pierrette, con esas manos tan torpes, jamás encontrarás trabajo de granjera.»

«Tú, Hélène, tan remilgada con la comida, no serás nunca la esposa de un carnicero.»

«Tú, Gabrielle, debes tener fe en que podrás ganarte la vida como costurera.»

«Tú, Julia-Berthe, reza por tener vocación y recibir la llamada. Las jóvenes con una figura como la tuya deberían quedarse en un convento.»

A mí me decían que, con suerte, lograría convencer a algún labrador para que se casara conmigo.

Me saqué las manos de las mangas y soplé en ellas.

—Yo no pienso casarme con ningún labrador —solté.

—Y yo no pienso ser modista —dijo Gabrielle—. Detesto coser.

—¿Entonces...? ¿Qué vais a ser? —Julia-Berthe nos miró con sus ojos grandes, interrogativos. La gente la consideraba «lenta», decían que estaba «tocada». Para ella todo era simple, blanco o negro, como los hábitos y los velos de las monjas. Si las monjas decían que seríamos algo, teníamos que serlo.

—Algo mejor —respondí yo.

—¿Y qué es algo mejor? —quiso saber Julia-Berthe.

—Es... es... —contestó Gabrielle, pero no terminó la frase.

Gabrielle no tenía ni idea de qué era ese «algo mejor»,

y yo tampoco; pero estaba convencida de que ella lo sentía igual que lo sentía yo, de que lo percibía en una especie de cosquilleo en los huesos. La inquietud nos hervía en la sangre.

Las monjas decían que debíamos conformarnos con la suerte que nos había tocado en la vida, que eso complacía a Dios. Pero nosotras jamás nos conformaríamos con el lugar en el que estábamos, con lo que teníamos. Veníamos de una larga saga de vendedores ambulantes, de soñadores que recorrían caminos serpenteantes, seguros de que, más allá, les esperaba «algo mejor».

Dos

Antes de que las monjas nos acogieran, casi siempre teníamos hambre e íbamos con la ropa arrugada y sucia. Hablábamos sólo en *patois*, no en francés. Apenas sabíamos leer ni escribir, porque nunca habíamos ido a la escuela mucho tiempo seguido. Según las monjas, éramos unas salvajes.

Nuestra madre, Jane, trabajaba mucho para mantenernos, para que no nos faltara un techo. Estaba con nosotras sin estar; con los años, sus ojos habían perdido brillo y parecía que nos miraba pero no nos veía. Aunque siempre buscaba a Albert. Nuestro padre se pasaba los días por los caminos, dedicado a la venta ambulante de corsés, cinturones y medias. Era incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, y nuestra madre, loca de amor, siempre iba a buscarlo cuando no volvía en la fecha prometida, y nos arrastraba consigo de pueblo en pueblo, ya fuera invierno o verano.

Pasaban juntos el tiempo justo para que mi madre estuviera constantemente encinta, y luego Albert nos dejaba meses y meses, y teníamos que apañarnos solas, sin dinero. Ella trabajaba de lavandera, de criada, de lo que encontrara, y así hasta que falleció a los treinta y un años de tisis, exhausta y con el corazón roto.

Tras su muerte, ningún familiar quiso hacerse cargo

de nosotros, y nuestro padre menos. Eso era algo que no debería haber sorprendido a nadie. ¿Cómo iba a ir de mercado en mercado (y de cama en cama) con todos nosotros auestas? Aun así, ¿no se suponía que los padres se ocupaban de sus hijos?

Éramos tres niñas y dos niños. Julia-Berthe era la mayor. Después venía Gabrielle, después Alphonse, después yo, después Lucien. Alphonse tenía diez años y Lucien, seis; eran apenas unos ovillos de lana cuando nuestro padre logró que los declararan «niños del hospicio». No perdió el tiempo y enseguida se los entregó a una familia de campesinos como mano de obra gratuita. Y a nosotras, las niñas, nos llevó a las monjas. Desde que estábamos en el convento, hacía ya tres años, no sabíamos nada de nuestros hermanos.

Entretanto, nuestro padre iba por ahí y vivía libremente, como había hecho siempre, ocupándose sólo de sí mismo.

—Volveré —nos había dicho a nuestras hermanas y a mí con aquella sonrisa dorada de comerciante cuando nos dejó en la puerta del convento, antes de darle unas palmaditas a Gabrielle en la cabeza, que mantenía muy erguida, y desaparecer en la distancia montado en su carreta de dos ruedas.

Julia-Berthe, que detestaba los cambios, se mostraba inconsolable y no entendía adónde había ido nuestra madre.

Gabrielle estaba demasiado indignada para llorar.

—¿Cómo ha podido dejarme? —no dejaba de repetir—. Yo soy su hija favorita. Además, podemos cuidar de nosotras mismas —añadió—. Llevamos años haciéndolo. No necesitamos que estas viejas nos digan qué tenemos que hacer. Es que nosotras no somos huérfanas,

este sitio no es para nosotras. Ha dicho que va a volver, y eso significa que va a volver.

Yo, que tenía ocho años, lloraba desconcertada. No estaba acostumbrada a las rarezas de las monjas, al frufrú de sus hábitos, al golpeteo de sus rosarios, que llevaban a los costados, a las nubes de incienso que se elevaban como fantasmas, al olor penetrante de la lejía.

El convento era todo lo contrario a lo que nosotras conocíamos. Allí nos decían cuándo debíamos levantarnos, cuándo teníamos que comer y que rezar. El día se dividía en tareas: estudio, catecismo, costura, labores del hogar. El paso del tiempo lo marcaban el ángelus y todas las oraciones estipuladas en el oficio divino. «Las manos ociosas —no dejaban de repetirnos las monjas— son las aliadas del diablo.»

Incluso los días de la semana, las semanas del mes y los meses del año se dividían en lo que, según las monjas, eran las estaciones de la liturgia. En lugar del 15 de enero, del 21 de marzo o del 19 de diciembre, aquellos días eran el día duodécimo del Tiempo Ordinario, o el lunes de la primera semana de Cuaresma, o el miércoles de la tercera semana de Adviento. La vida eterna estaba dividida entre el infierno, el purgatorio y el cielo. Estaban los doce frutos del Espíritu Santo, los diez mandamientos, los siete pecados capitales, los seis días sagrados de obligación, las cuatro virtudes cardinales.

Nos enseñaban cosas acerca de Saint Étienne, un monje jorobado cuyo sepulcro se encontraba en el santuario. Sobre la tumba reposaba su efigie yacente esculpida y por encima de aquella especie de dosel de piedra figuraban también los relieves de otros monjes. Durante las misas yo seguía con los ojos los patrones de las vidrieras, los círculos superpuestos que parecían le-

tras C, de Chanel; mis hermanas y yo entrelazadas para siempre. Yo no quería ni pensar en el contenido de aquella tumba: los huesos viejísimos, el hábito de arpillera vacío.

—Aquí hay fantasmas —me susurraba Julia-Berthe con los ojos muy abiertos.

Había fantasmas sagrados, fantasmas que no eran sagrados, fantasmas de todo tipo que hacían vibrar las llamas de los cirios votivos, que se ocultaban en rincones y en pasillos estrechos, que proyectaban sus sombras en los muros. Los fantasmas de nuestra madre, de nuestro padre, de nuestro pasado.

A veces, por las mañanas mientras nos bañábamos, o por las noches cuando teníamos que rezar en silencio, Julia-Berthe me agarraba del brazo y me lo apretaba con fuerza.

—Por las noches sueño, tengo unas pesadillas terribles.

Pero no me contaba nada más. Y yo no sabía si soñaría lo mismo que soñaba yo algunas veces, que nuestra madre estaba en una cama, sin colcha, con un pañuelo ensangrentado en una mano, mientras un frío glacial se colaba a través de las finas paredes. Tenía los ojos cerrados, y su cuerpo, muy flaco, no se movía.

Había aprendido a despertarme cuando soñaba esas cosas, para ahuyentar aquella imagen, y entonces me subía a la cama de Gabrielle. Ella dejaba que me acurrucara a su lado, como hacíamos cuando éramos pequeñas (hasta que llegamos a Aubazine nunca habíamos tenido camas para nosotras solas), y me tranquilizaba notar el calor de su cuerpo, el ritmo acompasado de su respiración, hasta que volvía a quedarme dormida.

Y entonces, muy temprano, demasiado temprano,

cuando el sol todavía no había salido, sonaban las campanas. La hermana Javiera irrumpía en el dormitorio dando palmadas y anunciando en voz muy alta:

—¡Despierta, gloria mía! ¡Despertad, arpa y lira!

Y acto seguido empezaban las regañinas.

—¡Más deprisa, Ondine! ¡Vendrá el día del Juicio Final y te pillará sin zapatos!

—¡Hélène! Tienes mucho por lo que rezar, así que apresúrate.

—¡Antoinette! ¡Deja de hablar con Pierrette y vuelve a hacerte la cama! ¡Está arrugada!

Las monjas de Aubazine nos acogían. Nos alimentaban. Intentaban salvar nuestras almas, civilizarnos llevando nuestros días de orden y rutina. Pero no conseguían llenar los espacios vacíos de nuestros corazones.

Tres

Días, semanas, meses, tiempo ordinario, tiempo extraordinario. La rutina, que al principio nos sosegaba, se volvía fatigosa. Y entonces, una mañana bochornosa de julio del año 1898, el tercero que pasábamos en el convento de la Congregación del Sagrado Corazón de María, todo cambió.

—*Mesdemoiselles* —dijo la madre superiora mientras Gabrielle, Julia-Berthe y yo estábamos fregando los platos en la cocina—. Os reclaman en la sala de visitas.

¿A nosotras? Pero si nunca venía a visitarnos nadie. A menos que fuera...

Se me hizo un nudo en la garganta.

¿Era posible que nuestro padre hubiera venido al fin para llevarnos con él?

Seguimos a la madre superiora por el corredor. Yo me alisaba la falda, me pasaba la mano por las trenzas para peinarme un poco. Vi que Gabrielle se arreglaba también las suyas. Ella era la que se había pasado todos esos años diciendo que volvería, convenciéndose a sí misma de que se había ido a América a hacer fortuna y que regresaría cuando lo hubiera conseguido.

Cuando al fin llegamos a la sala de visitas y la monja abrió la puerta, contuve el aliento, esperando encontrarme con aquel hombre de sonrisa encantadora, con

manos de campesino: nuestro padre. Pero sólo vi a una señora mayor de expresión amable. Llevaba *sabots* —zuecos de madera tallada—, una falda gris de tela áspera, medias de cáñamo y una blusa estampada y descolorida.

¿La abuela Chanel?

—*Mémère* —dijo Julia-Berthe, corriendo a abrazar a la anciana como si pudiera desaparecer tan inesperadamente como había aparecido.

Yo la contemplé, más sorprendida aún que si el que se hubiera presentado hubiera sido Albert.

—No saben con qué tranquilidad hemos vivido todos estos años —le dijo *mémère* a la madre superiora— al ir de mercado en mercado sabiendo que nuestras queridas nietas se encontraban a su cuidado. La vida en la carretera no es fácil, y ahora ya somos demasiado mayores para seguir con ella. —Chasqueó la lengua, como hacían los adultos, y nos ofreció unos caramelos de limón.

Pépère y ella habían alquilado una casita en Clermont-Ferrand, una ciudad a la que se llegaba tras recorrer un corto trayecto en tren, y querían invitarnos a pasar unos días para celebrar el Catorce de Julio, día en que se conmemoraba la toma de la Bastilla. Al fin íbamos a poder salir del convento, aunque fuera por poco tiempo.

Yo no dije en voz alta lo que pensaba, pero estaba convencida de que era lo mismo que estaba pensando Gabrielle. «Quizá nuestro padre esté en Clermont-Ferrand. Quizá nos esté esperando allí.»

De las profundidades más recónditas, de los lugares vacíos que había en mi interior, allí donde se supone que reside el amor, no podía apartar un atisbo de esperanza, la esperanza de que Albert regresara, por infundada que

fuera. Y no el Albert de antes, sino uno nuevo: un Albert que nos quería.

Salimos del convento, y *mémère* nos condujo hasta el tren. Una vez en Clermont-Ferrand, nos llevó hasta una casucha destartalada en la que había sólo una habitación atestada de todo tipo de objetos que vendían en el mercado local: neumáticos pinchados de bicicleta, cajas mohosas, cacharros ennegrecidos... En las paredes, junto a la cocina, se apilaban platos desportillados y desaparejados. Me revolvió el estómago descubrir una colección de dentaduras postizas viejas, rotas y amarillentas. Era como si allí nunca se tirase nada.

Había tal desorden que en un primer momento no me fijé en la chica que había junto a la cama. Tendría unos quince años, la edad de Gabrielle, o tal vez dieciséis, como Julia-Berthe, y se acercó a nosotras con una emoción y un cariño a los que no estábamos acostumbradas.

—Gabrielle... —dijo—. Julia-Berthe... ¿Os acordáis de mí? ¡Y la pequeña Ninette! ¡Cuánto tiempo sin veros! En una de las ferias, creo. Ahí es donde nos conocimos. ¡Hay que ver lo guapas que estáis las tres!

Tenía el mismo cuello largo de Gabrielle, las mismas facciones elegantes, y era delgada y angulosa, aunque con rasgos más suaves. Llevaba hábitos de convento, pero con tanta gracia y tanta naturalidad que no parecían ropas de monja. Me fijé en que Gabrielle se recogía un mechón de pelo por detrás de la oreja. Debimos de quedarnos mirándola fijamente, como tres tontas, porque al final *mémère* dijo:

—Estáis atontadas. Ésta es Adrienne, mi hija menor. La hermana de vuestro padre. Vuestra tía.

—¿Nuestra tía? —preguntó Julia-Berthe extrañada—. Es demasiado joven para ser tía nuestra.

—Pues lo es —replicó *mémère*—. Y si alguien lo sabe, ésa soy yo. He traído diecinueve almas a este mundo. Vuestro padre fue el primero. Nació cuando yo tenía dieciséis años. Y Adrienne fue la última.

—El último acto —dijo Adrienne, dedicándonos una encantadora reverencia.

¿Una tía con hábito de monja? ¿Una tía de nuestra edad?

Parecía que a Gabrielle y a mí nos hubiera comido la lengua el gato.

—Chicas, ¿a qué viene tanto desconcierto? —dijo *mémère*—. Adrienne es como vosotras, nada más. Va a la escuela de un convento en Moulins. Cuando terminen las celebraciones del Catorce de Julio, las cuatro seréis como hermanas.

Tal vez fuera por la extrañeza de encontrarme en un lugar nuevo, pero durante unos instantes me pareció que Adrienne tenía aureola, una nube de luz dorada que emanaba de ella, como si fuera una de aquellas santas de las estampitas. Me fijé en Gabrielle. Por lo general, a ella la gente no le caía bien enseguida, pero vi que sonreía. Adrienne parecía una joven de la que podíamos aprender algo, y yo me sorprendí a mí misma sonriendo también.